

Una cometa con la cuerda rota¹

G Jaramillo Rojas

descompliques@gmail.com

En todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en el que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida.

Ernesto Sábato, *El túnel*

Diana Carol Forero sirve arroz con verduras, guiso de pollo y papas. Prende su televisor de 58 pulgadas. Busca un canal de películas. Están dando *47 Ronin*. La historia de un hombre mitad japonés mitad británico cuyo origen, aun siendo el mejor, le impide ser considerado un auténtico samurai. Es el tramo final del filme. Hay un suicidio colectivo. Diana dice: "La vida no tiene sentido sin honor. Al principio los japoneses me parecían ridículos, pero ya los entendí: sin importar la circunstancia, hay que morir con dignidad". El protagonista se clava una espada en el vientre. A su amada se le escapa un sollozo. Diana se commueve. Es imposible precisar si el minúsculo brillo que le surge en la mirada corresponde a un simple reflejo ocasionado por el grosor de sus anteojos o a una insurrecta lágrima que se asoma sin pedirle permiso. Ella, para esquivar la gabela sensible, empieza a comer.

En 1973 Carmenza Forero, de 18 años, nacida en el lejano departamento del Vichada, quedó embarazada de Juan Francisco Torres, un bogotano de 20 años. Carmenza era estudiante de Matemática y Juan Francisco, de Ingeniería civil. El hirviente contexto de la época en la Universidad Nacional de Colombia los unió alrededor del sueño revolucionario. Una vez Carmenza se entera de lo que crece en su vientre, ahorra el dinero necesario y se va a Villavicencio con la decisión firme de abortar. Ya en la ciudad que da la entrada a los llanos orientales de Colombia, es su madre quien le impide llevar a cabo el plan. Durante todo el embarazo Carmenza golpeaba su panza y decía una y otra vez que odiaba lo que se estaba gestando allí. La voz de Diana se quiebra innumerables veces al narrar el injustificado desamor de su madre, pero enciende un cigarrillo y termina: "Mi mamá decía que el parto lo sintió como un dolor menstrual

intenso que terminó cuando arrojó algo, pero ese algo no quería salir y, por el contrario, sentía que se le agarraba de las tripas, con rebeldía... Ese algo era yo, mejor dicho, eso que no pudo abortar era yo". Diana ríe e intenta hacer la mimeática de cómo se agarraba de las tripas de su madre.

Los abuelos maternos adoptaron a Diana. Durante cuatro años doña Teresa Rodríguez de Forero, la abuela y tal vez la persona que más la quiso y defendió en su vida, se opuso a los maltratos psicológicos que su hija Carmenza le propinaba a Diana. Si no la ignoraba, le recordaba que nunca quiso ser madre o hasta le increpaba que ella debería estar muerta. Diana lloraba, pero nunca, nunca —subraya— sintió el más mínimo deseo de aborrecerla y, por el contrario, intentaba ponerse en sus zapatos. A veces la pequeña Diana, en un acto de involuntaria humildad infantil, se miraba al espejo y creía entender por qué su madre no la quería: no era fealdad, era miedo en su más pura expresión. A los 4 años Carmenza se fue a Mitú. No se despidió de su hija. Diana pasó un par de días sin comer, hasta que doña Teresa le explicó la huida de su madre: "Se fue porque es débil; nosotras nos quedamos porque somos fuertes". Tal vez el único error que cometió doña Teresa con Diana fue no haberle enseñado a tener rencor. Le decía una y otra vez que hasta el desprecio debía pagarse con amor. Ella, que era una mujer trabajadora, humilde, que lavaba ropa a lo largo y ancho de Villavicencio para ganarse la vida, hizo de madre y la abrazaba y la escuchaba y le compraba todo lo que Diana precisaba con la dignidad de aquellos sacrificados pesos que recibía en sus manos secas y cuarteadas.

¹ Una versión diferente de este texto se publicó en *Revista Late* y *El Espectador*. Para la presente, el autor realizó modificaciones al texto.

Para ver a Diana hay que llegar al municipio de Mesetas, en el departamento del Meta (250 kilómetros al suroriental de Bogotá). Una vez allí, se agarra un campero que se interna dos horas o tres, entre caminos destapados y agrestes, hasta la vereda Buenavista o campamento Mariana Páez, un ETCR (Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación) que aloja aproximadamente a doscientos excombatientes de las FARC-EP, acogidos con abnegación total al vacilante Proceso de Paz. Allí, en una pequeña casa, mezcla de madera, adobe y placas de yeso, dividida en cuatro ambientes y baño compartido, Diana vive con su esposo "El Gordo" John Turriago, de 37 años, y su hijo Johan Sebastián, de 11. Al lado de un enorme televisor y diagonal a la entrada de la cocina "tipo americana", la poeta de vereda tiene su escritorio personal, que también oficia como mesa de bar o comedor familiar, solo cuando ella retira su computadora y su inseparable paquete de cigarrillos Rothmans.

"El mensaje de esa cultura milenaria es claro: uno debe tratar de dominar su espíritu, y no que el espíritu lo domine a uno". Dice Diana cuando termina de almorzar, a propósito de *47 Ronin*. Alguien grita desde afuera de la casa: ¡Gabriela! ¡Gabrielita! A Diana se le dibuja una sonrisa en sus labios brillantes por la grasa y contesta: ¡Aló, aló, le copio! Es sábado 28 de mayo en Colombia y al día siguiente se celebrará la primera vuelta de las elecciones presidenciales en las que, por primera vez tanto Diana como Gabriela creen que algo diferente puede suceder. Quien había gritado es el profe, un íntimo y viejo amigo de Diana desde la época de las armas. El menudo hombre entra en la casa, se dirige a la cocina y se sirve su almuerzo. "¿Será que mañana por fin Lord Petrosky se hace presidente?", pregunta frotando sus manos, no se sabe si por hambre o ansiedad. Gabriela calla. Diana responde: "Hay que ir y votar y poner en el mismo voto todos esos votos que nunca pudimos depositar. Mañana siete de la mañana estoy ahí con mi cédula para hacer historia". El profe remata, mientras un amenazador helicóptero sobrevuela el ETCR: "A la tarde voy a votar a ver si de una vez por todas nos sale el sol".

Cuando Diana tenía 7 años y una vida equilibrada y tranquila llena de historias e innumerables juegos que le ocupaban las largas tardes llaneras, su madre volvió inesperadamente a la casa de

Villavicencio. La reclamó y, después de diferentes forcejeos morales con la abuela, Diana se vio transportándose al aeropuerto para subirse en un avión de carga con destino a Mitú, 500 kilómetros al sur, selva adentro. Recuerda que ver las nubes, olerlas y atravesarlas sentada al lado de su madre le permitió olvidarse del desamparo del cual se hizo acreedora por el simple hecho de haber nacido. La madre vivía al lado del cementerio de Mitú y Diana soñaba constantemente con fantasmas. En el colegio era la única niña "blanca" y los indígenas se burlaban de ella. No pasó mucho tiempo antes de que empezara a extrañar Villavicencio, pero no se quejaba frente a su madre. Para apaciguar el dolor, se sumergió en la pequeña biblioteca que tenía la casa y, como su abuelo le había enseñado a leer, empezó a meterse en los universos de Arthur Conan Doyle, Joseph Conrad, Agatha Christie y Robert Louis Stevenson. No obstante, hubo un pequeño librito que le cambió la vida: *El Túnel*, de Ernesto Sábato. Se enamoró de Juan Pablo Castel y odió insondablemente a María Iribarne. Después de leerlo, supo que la vida de todo el mundo iba por un túnel que desembocaría en la luz, mientras que la vida de ella nunca dejaría de transitar por la oscuridad. En Mitú, Diana y su madre vivían con un juez y el hijo de este. El hijo, varios años mayor que Diana, una noche irrumpió en su habitación a medianoche, se le puso debajo de las sábanas y la manoseó. Diana no hizo ni dijo nada, por miedo a romper la aparente armonía en la que vivía su madre. El joven abusador interpretó el silencio como un aval para seguirlo haciendo, hasta que un día el cuerpo de Diana explotó y cayó enfermo. Somatizó los constantes abusos y experimentó, por primera vez en la vida, una profunda depresión, mezclada con hepatitis y dermatitis. El túnel, era el túnel y todo el peso de su oscuridad. De su pequeño cuerpo no solo salía materia por cada orificio posible, también emanaban espantosos olores. Fue el asco lo que finalmente alejó al abusador de ella. El asco del violador hacia lo violado, no por violado sino por putrefacto. Quince días estuvo en el hospital, hasta que una tarde le dijeron a la madre que se la llevaba de vuelta a casa para que muriera tranquila al lado de quienes la querían. La madre sí la sacó del hospital, pero no la llevó a su casa, tal vez porque allí nadie la quería. Se fue directamente al aeropuerto y rogó que la llevaran a Villavicencio. Al día siguiente, la pequeña y moribunda Diana atravesaba otra vez las nubes. Ya en la casa de Villavicencio, Carmenza se deshizo de su hija entregándosela de nuevo a doña Teresa, que salió

corriendo a buscar a un doctor para el cual trabajaba como lavandera, para que la ayudara a salvar a su nieta. El doctor la vio y durante varios meses la atendió y le regaló todos los antibióticos necesarios para la recuperación. Diana zafó.

Diana cursa décimo semestre de Psicología en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). A mitad de carrera, en una clase virtual de Psicología jurídica, la mente de Diana explotó como lo hizo su cuerpo treinta años antes, cuando sufría los abusos del hijo del juez. Ella venía cargando con una fuerte frustración que le impedía compaginar sexualmente con sus parejas. En la clase estaba leyendo para los asistentes un testimonio de violencia sexual y, de repente, colapsó. Quedó sin voz y sintió la cabeza hervir. La depresión le nubló el juicio. Vomitó durante días y no quiso ver ni su propia imagen. Nunca más volvió a esa clase. Perdió la materia y no la inscribió sino al cabo de dos semestres, cuando, después de un profundo proceso de aceptación y perdón a la vida, se atrevió a desbloquear y enfrentar aquellos amargos recuerdos que empezaban con una convulsiva exhalación inflamándole la nuca hasta quemarle el alma.

Carmenza Forero murió a sus 64 años, cuando Diana tenía 45. Era una profesora de Matemáticas muy querida en San José del Guaviare. Un infarto fulminante la sacó de este mundo. David Arturo Montero Forero, hermano de Diana con el que apenas ha tenido un puñado de acercamientos en el transcurso de toda su vida, la llamó para darle la noticia. David, un PhD en Microbiología, se disponía a viajar a Colombia desde Chile. Le daba la noticia porque le parecía que era lo mínimo que podía hacer ya que era su madre; pero le dejó claro que no era bienvenida en el funeral. La última vez que Diana vio a su madre había sido siete años atrás, cuando viajó a San José para presentarle a Johan Sebastián, su hijo, y la respuesta de Carmenza fue: "No quiero conocer el hijo de un criminal muerto de hambre". Diana replicó: "Es su nieto; si no quiere ni siquiera conocearlo, desde este momento usted está muerta para mí". Otra vez el largo y oscuro túnel. Aun ante la negativa de su hermano, Diana viajó durante dos días hasta Villavicencio y se presentó en la funeraria. Se encontró con que los vigilantes del lugar tenían una foto suya para, en caso de ser necesario, identificarla y negarle la entrada. Rogó por horas, solo cinco minutos para despedirse de su

madre. No. Una y otra vez. En la noche uno de los vigilantes se compadeció de su dolor y accedió. Cuando Diana estuvo frente al ataúd que contenía los restos de su madre, no pudo ver nada, sintió que era un hueco que se la iba a tragar. Una angustia se apoderó de su conciencia en ese momento. "Duré toda la vida esperando que me quisiera y se murió y no me quiso. Si era difícil verla viva, ahora verla muerta era peor, era como la confirmación total del desprecio. No fue que no quise verla; lo que sucedió fue que el cuerpo reaccionó yo creo que para protegerme, y no me lo permitió".

En 2015 el Secretariado de las FARC-EP publicó en la Ciudad de México, bajo el sello editorial Paz con Justicia y Dignidad, un libro titulado *Balada para la piel de luna*, firmado por alias Gabriela Méndez, Guerrillera de las FARC-EP. El libro inicia con dos comentarios a la obra escritos por alias Malena (quien también oficia como ilustradora) y alias Atanasio, ambos guerrilleros entonces pertenecientes al Bloque Martín Caballero. La publicación contiene una selección de poemas que giran en torno a la guerra, la muerte, la vida en la selva, el amor, además de minuciosas apologías revolucionarias acompañadas de empalagosos panegíricos rebeldes escritos por Diana en el transcurso de sus años en el monte. Diana nunca supo de esa publicación porque los poemas los dejó abandonados en una computadora que creía que había sido incautada por el Ejército, después de que ella abandonara la organización. También los tenía en una memoria USB que perdió en la casa de Villavicencio cuando ya era desertora. Dos años después de la publicación, de forma azarosa cuando recién había llegado a trabajar en el ETCR Mariana Páez como técnico de apoyo para el proceso de reincorporación, la noticia de que era una autora publicada llegaría a su vida gracias a excombatientes que le decían que su libro era muy hermoso. Ella respondía que nunca había publicado un libro. Como hubo tanta insistencia, Diana buscó por Facebook al escritor fariano Gabriel Ángel y le preguntó. Gabriel respondió que sí, que efectivamente un libro había sido publicado en el transcurso de las negociaciones de La Habana bajo su seudónimo de combate y que él mismo había presentado el libro en Cuba, al lado de Timochenko, y se lo habían regalado a las diferentes delegaciones de los países que apoyaban el proceso. Gabriel, entonces, le dio a Diana el contacto de la persona que ofició como coordinadora editorial de *Balada para la piel de luna*, la cual, desde el momento de la publicación,

había guardado un solo ejemplar, de los mil que fueron impresos, para Gabriela, en el caso de que un día ella apareciera.

Gabriela por Gabriela Mistral, Gabriel García Márquez y el Arcángel San Gabriel. Y Méndez por la unidad guerrillera que la recibió cuando ingresó a las FARC-EP, pues era tradición que se adoptaba el apellido de la unidad que acogía al nuevo integrante: Reinel Méndez, que era la unidad encargada de prestar la guardia al famoso comandante del Bloque Oriental, jefe militar y miembro del Secretariado Jorge Briceño Suárez o Mono Jojoy. Gabriela Méndez, un nombre y un apellido para quien nunca tuvo familia.

Un día de tristeza absoluta, Diana le dijo a su madre que iba a hacer algo para causarle un arrepentimiento vitalicio por haberla rechazado de forma tan sistemática y visceral. Tiempo después, Diana partió a buscar la guerrilla. Lo primero que hizo fue irse a San Vicente del Caguán, la capital de la llamada zona de distensión que tuvo lugar durante el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002). De allí se fue a una vereda llamada Los Pozos y ahí, la misma tarde que llegó, vio al conocido cantante de vallenatos —y entonces guerrillero— Julián Conrado.

—Camarada, vine a buscarlos. Yo siento que nadie me va a extrañar y quiero luchar.

Julián tomó sus datos, la llevó a una hospedería y le dijo que esperaría ahí con paciencia. Al día siguiente llegó Mariana Páez y dio un parte de tranquilidad. La espera debía seguir. Una semana después, una camioneta pasó a buscarla y, al cabo de una hora, Diana estaba sentada en una casa oscura frente al Mono Jojoy.

—Buenas tardes, compañero —dijo Diana.

—Deje el susto, tranquila. Más bien, mientras le traen un tinto, cuénteme: ¿Por qué se quiere venir a vivir con nosotros? —preguntó el Mono.

—Al paso que voy me voy a matar y la verdad prefiero morir por alguna causa —respondió Diana.

—Mire: yo sé que usted es la hija de la profesora Carmenza, que fue estudiante de Ingeniería civil en la Universidad Nacional de Bogotá, que de

allá la echaron y que se fue a vivir a Calamar (Guaviare), desde donde la desplazaron los parás por trabajar con niños y liderar una radio comunitaria. También sé de sus andanzas por la JUCO (Juventud Comunista Colombiana). La recibimos, pero no aquí; usted es un cuadro urbano, una persona que nos sirve, pero allá, en la ciudad, no acá.

Diana asintió a todo sin pronunciar palabra. Lo primero que pensó después de escuchar al Mono fue en el F2, y sintió terror al imaginarse perseguida, torturada y desaparecida por esa siniestra policía secreta y judicial que ejecutaba sin temblor a todo lo que pensara distinto.

Diana llegó a Bogotá a los 16 años y se quedó durante ocho. Estudiaba Ingeniería Civil en la Universidad Nacional. Primero vivió en un caserón de bahareque en el barrio Ricaurte, que era de un tío lejano. De ahí se fue a vivir a Kennedy y después a La Soledad. Trabajó un diciembre entero en el Carulla del Parkway, vendiendo frutas, y de esta experiencia rescata el día que le vendió a Rafael Escalona las uvas para el ritual del 31 de diciembre. Cuenta Diana que Rafael le improvisó un vallenato mientras ella lo atendía. Perdió el cupo en la Nacional en 1994 por no cumplir con los requisitos mínimos de asistencia y, de ahí en más, se dedicó a trabajar. En 1998 volvió a estudiar, esta vez en la Universidad Distrital, en la que, después del primer semestre, obtuvo una beca gracias a haber sacado el mejor promedio de la Facultad de Ingeniería. A esas alturas vivía en un modesto pero cómodo apartaestudio en el centro de Bogotá, hasta que un día se quedó sin trabajo y, después de empeñar hasta la estufa, tuvo que devolverse a Villavicencio so pena de experimentar, de primera mano, la miseria.

A Diana la enviaron al curso de comandancia que dictaban entre el Mono Jojoy y el comandante en jefe y fundador de las FARC-EP Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo. Duraba ocho años y ella había sido elegida por sus capacidades intelectuales. Una lesión la sacó del curso cuando apenas llevaba un año de estudio. ¿Qué era lo que más recordaba de aquel curso? Diana se toma su tiempo para responder. Prende un cigarrillo y empieza a emular una voz masculina: "La guerra de guerrillas es la guerra del perro contra las pulgas. Una pulga sola, aislada, no hace nada, pero muchas, atacando al mismo tiempo, pueden



Diego, serie La Guerra que no hemos visto, 2007-2009,
"Masacre de paramilitares en Paujil"

enloquecerlo hasta el punto de hacer que se tire por un barranco. No hay que dejar descansar al perro". Dice Diana que decía una y otra vez Manuel Marulanda en el curso de comandancia que daba con el Mono Jojoy en las montañas del Caquetá.

Entre 2002 y 2003, Diana fue secretaria privada de alias Pablo Catatumbo (comandante del Bloque Occidental de las FARC-EP y desde 2018 Senador de la República). En 2008 ofició como secretaria de alias Victoria Sandino (miembro del Estado Mayor de la organización y posterior negociadora en el Proceso de Paz en Cuba). También, en varias ocasiones, perteneció al primer anillo de guardia del Mono Jojoy. Entre él y Diana se desarrolló una camaradería a tal punto que eran conocidos dentro de la organización como tío y sobrina. Pero el Mono le decía a Diana "la profe" porque era la encargada de enseñar a leer y escribir a los menores que, huyendo de la pobreza y el hambre, llegaban a la guerrilla en busca de una oportunidad de vida que, al cabo de pocos años, se convertía, casi por destino, en la muerte misma. Fue el Mono el que le propuso a Diana tomar un curso de comunicaciones para que se convirtiera en radista, además de lo que ya era: profesora, cartógrafa y enfermera.

—Vi morir más gente que la que vi sobrevivir.

John y Diana compartían caleta, una especie de hueco en la tierra para dormir en el monte. Salomón Aldana y Gabriela Méndez compartían la lucha. Él raso, ella intelectual. John silencioso, Diana alborotada. Salomón todero, Gabriela escritora. Él, enamorado en secreto de ella; ella, enamorada de un superior que la maltrataba. Ambos compartían la imposibilidad, hasta que una noche, antes de dormir, John le dijo a Diana: "Oiga, déme un beso", y ella, sorprendida, le respondió: "Como dice mi abuela, el que quiere beso, busca la boca". Ante esa quimérica luz verde, John se abalanzó sobre ella y así fue como lo absurdo empezó a mutar en posibilidad. O, en amor, dicen. El superior del que Diana estaba enamorada amenazó con matarlos a los dos si no abandonaban la unidad, pero después fue cediendo hasta dejarlos vivir juntos. Tres meses después del primer beso empezaron los mareos y vómitos. Diana les dijo a sus jefes que tenía cinco meses de embarazo para evitar que le ordenaran un aborto. En ese momento oficiaba como escritora de cartas que se movían en las

altas esferas de la organización. En una de las cartas que debía enviar al comandante del Bloque Sur y vocero internacional de la guerrilla, Raúl Reyes, introdujo un pequeño mensaje en el que le contaba su situación. Dos semanas después llegaba una notificación al campamento en la que se solicitaba el traslado de Gabriela a una finca ubicada en zona rural de Gaitania, Tolima, para que pasara con tranquilidad el resto del embarazo.

El 18 de junio de 2010 nació Johan Sebastián en un hospital de Chaparral, Tolima. Diana asegura nunca haber visto algo más hermoso que esa "bola blanca" que era su hijo recién nacido. El custodio de Diana le informó que tenía dos días para recuperarse del parto y dejar al niño en un lugar seguro para volver al campamento. Al cabo de los dos días, Diana abandonó su vida guerrillera. Salió en silencio, con su hijo de brazos, antes de que saliera el sol. Se había convertido en una desertora y sabía que si se dejaba agarrar le costaría ambas vidas. Lo que no sabía Diana era que John estaba muy al tanto de cada movimiento de ella y, en medio de la huida, supo abordarla para seguirla como desertor e intentar formar una familia fuera de la organización. Así, los tres juntos, caminaron por varios días, entre montañas, valles y ríos, hasta llegar a Villavicencio y refugiarse en la casa de Teresa Rodríguez de Forero, su abuela.

El 30 de junio de 2010, Diana y su esposo John llegaron a la casa de Villavicencio en calidad de desertores de las FARC-EP. Estuvieron varias semanas sin salir, hasta que doña Teresa logró contactar a un abogado con las capacidades necesarias para hacer frente a las órdenes de captura que oficiaban contra la pareja desde 2005 por rebelión, terrorismo, porte ilegal de armas y uso no autorizado de prendas privativas. La pareja decidió entregarse porque quería salvaguardar la vida y la integridad del pequeño niño que había nacido en el monte. Si Diana se entregaba, en lugar de ser capturada, era muy posible que Johan Sebastián pudiera pasar a manos de su abuela y no ir directamente al desacreditado ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar). Los tres se subieron a un taxi que empezó a dar vueltas por Villavicencio esquivando los trancones típicos de un sábado. En un semáforo John pidió al taxista que llamara a un policía que estaba estacionado en una esquina. El policía se acercó al vehículo y de una, sin anestesia, fue advertido: "Somos guerrilleros y venimos a entregarnos". Cuenta

John que el policía enseguida vio a Diana con el niño en sus brazos y se echó a reír. John dijo que era en serio. El policía preguntó si estaban armados y, ante la respuesta negativa, hizo orillar el taxi para llamar a sus superiores. Una hora después llegó al lugar una camioneta Toyota blanca y les preguntó por sus alias. Los oficiales, vestidos de civil, les pidieron que se subieran a la camioneta. La pareja puso como condición para viajar en ella que los vidrios fueran abajo. Uno de los oficiales preguntó por qué. Diana respondió que era en esas camionetas en las que ellos solían moler a la gente. John viajó con medio cuerpo por fuera y Diana pegada a Johan Sebastián, hasta que la camioneta llegó a la seccional de la Fiscalía en Villavicencio. Allí, Diana se sorprendió al ver que varios de los funcionarios públicos la conocían desde el colegio. Hubo uno que la reconoció especialmente, y le confesó que muchos de sus compañeros del colegio, cuando en alguna reunión surgía su nombre, creían que ella, al ser la más inteligente de todas las clases, vivía fuera del país y trabajaba en alguna multinacional exitosa.

El 29 de abril de 2022 Diana Carol Forero presentó su libro *Horizonte de sucesos en la Feria Internacional del Libro de Bogotá*. El nombre de la sala en que se lanzó bien pudo haber sido elegido por ella misma en un acto de hedonismo libertario, pero no, fue el azar el que dejó el símbolo expuesto a la vista de los asistentes: José María Vargas Vila. Diana estuvo acompañada por su editor y otros dos señores que, aunque ya publicados, dejaron la sensación de ser perpetuos aspirantes a escritores. Diana se limitó a leer sus poemas, sin hacer mucho énfasis en otras cosas, mientras los aspirantes no pararon de hablar a propósito de sí mismos. La voz de Diana, pausada, flemática y nerviosa, se movió entre las conciencias asistentes como un virus cargado de signos tristes. La sala se inundó no solo de la fuerza de la experiencia de quien escribió aquellos poemas, sino también de la potencia de una voz rebelde, encerrada en una vitalidad aventurada y constantemente expuesta a las especiales empresas de la muerte. En la primera fila del público un señor no paraba de toser. Tos seca, de esa que no solo raspa la garganta de quien la emite, sino también los oídos de quien la escucha. El señor iba con su tapabocas bien puesto, pero no hacía ningún esfuerzo en rebajar la exagerada tonalidad de sus tosidos. Una y otra vez interrumpió la presentación. Nadie denunció la incomodidad o incluso la escama en pleno contexto pandémico, quizás

por respeto a los conferenciantes. Al final, Diana introdujo en sus agradecimientos al enfermo señor que, ante la mirada impávida de medio auditorio, resultó ser Rodrigo Londoño, más conocido como Timochenko, el último comandante en jefe del Estado Mayor de las FARC-EP antes de firmar los acuerdos de paz.

El domingo 29 de mayo Diana se levantó a las 5 de la mañana. Para atajar el frío preparó tinto y fumó un cigarrillo, se bañó, se arregló y esperó el llamado de la camioneta que se dirigía a Jardín de las Peñas, su puesto de votación. La mañana lluviosa impuso nubes bajas y caminos excepcionales por quebradas desbordadas. Un retén del Ejército paró la camioneta. Silencio total. Habla el conductor. Amenazan las armas estatales. Requisan la camioneta. Todo bien. Sigue la fiesta democrática. Jardín de las Peñas permanece militarizado. Más del ochenta por ciento de la mesa electoral responde a desmovilizados de las FARC-EP. Tensión. Los que antes tenían que matarlos, ahora debían protegerlos. Una contravía que nadie entendía muy bien, pero que había sido firmada en La Habana. Confianza en lo no confiable. Tres mesas de votación. La escuela completamente custodiada. Diana está contenta, echa chistes en la fila, pero permanece atenta a cada movimiento militar. La apertura de la mesa se suspende por un fuerte aguacero. En una panadería descampan una docena de exguerrilleros. Cuentan sus historias: de campesinos a insurgentes y, según la narrativa oficial, de humanos a monstruos. Confían que con su voto contribuirán al cambio que necesita el país y, naturalmente, al cambio que necesitan ellos mismos. Cesa la lluvia. "Cesó la horrible noche, joh! libertad sublime" dice alguien, haciendo evidente apología a aquel conocido verso del himno nacional. Todos ríen. Abren las mesas. Cuando es el turno de Diana un helicóptero sobrevuela la zona. El ruido de la guerra, pero esta vez en paz. Diana deposita su voto. Sonríe. Brilla. Ocho horas después, no hay señales de nada: no responde mensajes, no contesta llamadas ni atiende la puerta de su casa en el ETCR: los resultados obligan el desarrollo de una segunda vuelta electoral y las cuentas sitúan al candidato de Diana como posible perdedor. El silencio. La oscuridad. El túnel.

La poesía para Diana Carol Forero no es una forma de aceptarse viva, sino más bien una manera de no saberse muerta.

19 de junio de 2022, 19:38 horas. "No paro de llorar y, por primera vez en mi vida, es de alegría. ¡Ganamos! No te imaginas cómo está la vereda. Por fin una oportunidad de verdad. Una luz". Dijo Diana, con su ronca y amortiguada voz que es como un lápiz que escribiendo se acaba, horas después de enterarse de que Gustavo Petro, el candidato de su preferencia, sería el siguiente presidente de Colombia.

En Facebook aparece como DC Forero y es amiga de la mitad del mundillo intelectual y progresista que ofrece la red social. Gente de todo el país reacciona, comenta y comparte sus posts. "El feis", como ella misma le llama, es la plataforma que le ha permitido visibilizarse y situarse como mujer, madre, poeta y excombatiente. Allí se descarga constantemente en un juego que oscila entre la crítica cultural, el comentario político, la sensibilidad social, la exégesis de series, películas y partidos de fútbol, la frase motivacional, la ironía de los memes, las fotos de esculturales cuerpos masculinos y la revelación de intimidades.

—Soy una cometa con la cuerda rota. Lamento haber lastimado personas. Me enorgullezco de mi familia. Escribo poesía porque me gobierna una extraña sensación que implica estar siempre bailando en el filo de una navaja. Al monte me llevó esa sensación. Me creí eso de que, si no merecí el amor de mi madre, no iba a merecer el amor de nadie y en ese orden de cosas, pues daba igual morirse o vivir. No siento nada al repasar mi vida. Es lo que soy y no puedo cambiarlo. Ahora espero que la Paz prospere y que mientras tanto no me maten.

—¿Y después?

—Lo mismo que hace todo el mundo: inventarse algo mientras llega el punto final.

—¿Quién pone el punto final?

—¿En este país? Cualquiera que se crea superior o diferente a ti.

—Diana: la guerra terminó.

—Pero el odio no.
■



Ronald, serie La Guerra que no hemos visto, 2007-2009, "El final del compañero Alexander"